

Colofón

¿Cuál sería el sentido si se pudiera extraer un magma de lo que el peronismo dejó como saldo positivo —es decir, aquello que otras fuerzas no aportaron—? El magma de su existencia podría resumirse en varios puntos vinculados a la modernización permanente del proceso civilizatorio argentino. Pero esta modernización no hay que pensarla simplemente en términos industriales, tecnológicos, científicos, económicos, sino en las formas de relaciones sociales y personales: el reconocimiento de los hijos naturales, los derechos plenos de la mujer, las identidades de género y la ley de interrupción voluntaria del embarazo, por ejemplo, forman una línea de continuidad de creación de ciudadanía que siempre cuestiona a la Argentina inamovible y tradicional. Pero a esto hay que agregarle las transformaciones en el ámbito de las relaciones hacia el interior del capitalismo —tanto en la década del cuarenta como en la década del noventa— y, por sobre todas las cosas, dos elementos claves en todo proceso civilizador: por un lado, la siempre presente invitación al pacto o al contrato social de convivencia, y, por el otro, el intento permanente de erradicar

el supremacismo socio-«racial»-económico que la Argentina Establecida arrastra desde el siglo XIX. De esa erradicación depende la modernización política y social más profunda que debe llevar adelante nuestro país que consiste en una profunda democratización real y concreta que incluya la noción y la práctica de pluralidad, que atempere las brutales relaciones de otredad y de necesidad de exterminio del Otro, que anidan incluso en el interior del peronismo, y que restablezca la movilidad social y económica ascendente en el imaginario de las posibilidades de futuro. Nada hay más retrógrado que creer que donde hay una necesidad no hay un derecho. El peronismo, con todas sus horripilancias—que por supuesto las tuvo, las tiene y la tendrá—, se resume metodológicamente en la búsqueda constante de una respuesta a una pregunta profunda y humanista: ¿quién necesita y qué necesita? Y el sentido último de esa pregunta—cuya respuesta pocas veces es estrictamente material—está vinculado a la noción de centralidad del ser humano que tiene la filosofía peronista: no nos iguala el individualismo egoísta, como cree el liberalismo, sino la necesidad. Y el compromiso colectivo en la reparación de cualquier necesidad es lo que amplía el horizonte del proceso civilizatorio argentino. La modernización no es económica: es profundamente política. Y es humanista.

La Federala, Pampa de Pocho, Córdoba,
9 de diciembre de 2023